

---

X.

¡CONSPIRACION!

¿Quereis saber los dias que han trascurrido? Pues mirad ese almanaque americano, y sus hojas os sacarán de la duda. Cinco veces se ha levantado el sol entre las nubes del invierno, y cinco veces ha tornado á hundir su carátula de oro entre las brumas del madrileño crepúsculo. El reloj, que constituye en casa de D. Pedro Hernandez de Cifuentes el más lujoso mueble de cuantos adornan la humilde estancia, sigue contando el tiempo con ese latido uniforme de la péndola, que es como el gotear del tiempo en la fuente del olvido.

El guerrero moruno ha salido innumeradas veces á ejecutar su solo de cornetin, y las pesas han subido y bajado repetidamente, [nuevos Sísifos de plomo que, apenas acaban su abruma-

dora jornada, han de emprender otra, sin descansar un solo instante. Allí sigue el gato Benjamin, dormido en el borde de una silla, con sus ojos de rubí entornadillos, el negro bigotejoerizado y tieso, la cola cruzada sobre el lomo. Nada ha cambiado el aspecto exterior de las cosas. Veamos si sucede lo mismo á las personas.

Oyese ruido de tijeras. Sobre una mesa andan unos ágiles dedos, armados de aguja, hilvanando arriba y abajo una tela negra. Oyese una tos pertinaz, insistente, de esas que causan opresion en el pecho de quien las escucha. Oyense pasos de unos piés, que torpemente se arrastran por el suelo. ¿De quién son los dedos? ¿De quién es la tos? ¿De quién son los pasos?

La solucion de este logogrifo, puede verse en la siguiente línea.

Quien corta é hilvana es doña Mónica; quien tose, Soledad; quien anda, el clérigo.

Comieron á las doce, y la buena Soledad fué honrada con un asiento en la mesa del capellan de las Teresitas. Alzados los manteles y barrido el suelo de la sala, el cura se entregó en cuerpo y alma á la lectura del *Breviario*, y Mónica á los difíciles problemas de la indumentaria. Trátese de confeccionar un vestido para Soledad, y, en cuestion tan complicada, el mismo cura es llamado á intervenir con su sábio consejo. Soli-

ta es la única que no toma parte en estas deliberaciones, antes bien, permanece indiferente en presencia de aquella actividad con que la excelente anciana recuerda sus habilidades juveniles de modista, cuando ella sola, ella sola, se haciasus vestidos, súmamente vistosos, y engalanados con todos los prodigios que el génio de una mujer, deseosa del bien parecer, es susceptible de crear á favor de la aguja y las tijeras. La Cigarra no sabia qué cosa es ir maja.

—¡Vaya!—exclamó doña Mónica, recortando el merino negro, con arreglo á un patron hecho de periódicos.—¡Apenas va á estar bonita Soledad con su traje nuevo!

—¡Sí! ¡Bonita!—repuso ella con su voz de tórtola arrulladora.—¡Qué he de estar yo bonita!

—Aquí pondremos un volante—dijo la anciana, sin fijar mientes en las palabras de la muchacha.—¿No te parece, Pedro, que debo poner aquí un volante?

—¡Mujer! Pon lo que quieras. ¿Qué entiendo yo de modas?

—¡Hombre! Eso es cuestion de tener ojos en la cara, ó no tenerlos.

—Pues tú que los tienes, haz el vestido como te acomode. Que sea sencillo, modesto, humilde, como corresponde á una huérfana que va á

retirarse del mundo, es lo único que debo aconsejarte.

—¡Un volante aquí! ¡Bueno!—añadió doña Mónica, metiéndose entre los labios dos ó tres alfileres, para irlos luego sacando conforme fuesen haciendo falta.—¡Ay! ¡Si se me olvidaba lo mejor!

—¡Lo mejor! ¿Y qué es lo mejor?—dijo el padre.

—Los zapatos...

—Es verdad, mujer... Tu cabeza es como la jaula del fraile Anton, que tenia presos los mosquitos y dejaba escapar los mirlos. Te preocupas tanto de la monadita de los volantes, y no te acuerdas de que Soledad anda descalza.

—¡Ea! Señor... No se fije Vd. en eso,—replicó Soledad, asomando su piececito desnudo por entre los pliegues de su falda.—Si cuando andaba por esos caminos con nieve, con agua y con granizos, no me causaba nunca el menor daño el llevar al aire las piernas, ¿qué me ha de importar ahora, que estoy, hace cinco días, metida entre cristales, donde no me llega el frío, y más cuidada que la hija del Príncipe Moro?... Usted es demasiado bueno conmigo, y me guarda demasiadas consideraciones... Además, ¡Dios sabe á dónde iré á parar yo!

—¡Qué! No, hija, no,—dijo doña Mónica.—Tu porvenir está asegurado. Si ya...

—¡Mónica!—gritó el cura, poniendo sus ojos, llenos de iracundia, en su hermana.—¿Qué tonterías ibas á charlar?

La pobre mujer calló, comprendiendo que habia cometido alguna imprudencia, y dijo para sus adentros:

—«¡Más vale que calle, porque si no, acabaré de contar á la Cigarra todo cuanto me ha encargado Pedro que reserve!»

—Lo que quiere decir mi hermana—repuso el cura, dirigiéndose á Solita, que escuchaba todo con grande atencion y los ojos muy abiertos—es que procuraremos colocarte en algun lugar donde estés segura, donde puedas vivir tranquilamente, donde nada falte á tu cuerpo ni á tu alma...

—Eso es lo único que queria decir yo, en efecto,—dijo doña Mónica, que en aquel momento acababa su obra con los patronos.—Ahora voy á probarte este galan... Mira, Solita; pónete derecha... aquí, junto á la ventana y frente á ese espejo.

Comenzó la probatura del vestido, que la anciana iba echando sobre el cuerpo flexible y delgado de Solita, con la misma solemne parsimonia que el ritual marca cuando se reviste e sacerdote para decir misa. La falda negra cubrió primero aquel vestidillo harapiento de la canto-

ra; vino luego el gaban, obra maestra de doña Mónica, y entonces fué preciso despojar los hombros de la niña de un pañuelo con que la piedad incomparable de la hermana de D. Pedro os había abrigado. Retiróse el cura á su alcoba, para dejar en mayor libertad á las dos mujeres, y bien pronto el gaban encerraba las formas suaves y garridas de Solita. Su talle adquirió, como de improvisó, elegante esbeltez, y el leve seno, realzado por la angostura de la tela, pareció nacer y ensancharse, como se ensancha una rosa soplada por el viento. Sus brazos, largos y torneados, abrocharon aquí y allí botones, prendieron alfileres, y apoyando, al fin, ambas manos en la cintura, con el intento de mejor distribuir los pliegues de la ropa, dieron á aquella lindísima personita, en tal postura, una belleza sorprendente de estátua griega.

—¡Ah, ah, ah!; esto es hecho. Divinamente— exclamó doña Mónica.—Tu gaban es cosa que merece verse. ¡Pedro, ven acá y te convencerás de que no se me han olvidado mis habilidades de modista!... Todo lo que falta es coser y cantar.

—¡No, por Dios! Coser y callar, que tengo la cabeza malísima, y el menor ruido me produciría una atroz jaqueca.

—¡Hombre! Quiero decir que las dificultades de la obra ya están vencidas.

Habíase alejado un poco doña Mónica, para juzgar del efecto óptico del traje, y bajaba su cabeza á un lado y á otro, á fin de ver cómo caía el cuerpo del gaban, ó si arrastraba mucho la falda. Por su parte, la niña contemplábase en el espejillo, que era de lo más ruin que se conoce. La luna, no veneciana, pero ni aun de Valencia siquiera, ofrecia ciertas protuberancias, altibajos y desigualdades que desfiguraban el rostro de quien allí se mirase. Diríase que tal espejo era un castigo de la hermosura vana, que, acudiendo, llena de arrogancia, á contemplar su arrebatadora efigie sobre el pedacillo de vidrio, se hallaba con que le volvía, en vez de aquel semblante correcto y agraciado, una cara de violento, llena de bultos y deformidades, con un ojo ancho como puño y otro pequeñito, pequeñito como la uña del dedo meñique. Por fortuna, Solita no era vana, ni sabia siquiera su hermosura. Miróse, pues, porque tenia delante el espejo, y recomponiendo mentalmente, por sus recuerdos de otros más fieles espejos, lo que aquel traidorzuelo estropeaba de su rostro, encontróse bien vestida, bien peinada, y muy pálida; y el espectáculo de su embellecimiento por el traje, le llenó el alma de pena, y su memoria, como pájaro que despues de volar en todas direcciones, vuelve siempre á su nido, vol-

vió á Lumbier y á Santa Marta, y á su padre sin cabeza, y á su madre baldada.

—Yo quiero quitarme esto,—exclamó, echando sobre su cuerpo una mirada despreciativa.—Quiero ir vestida como el día en que mi madre murió... Debe ser un gran pecado adornarse, cuando hace poco que ha muerto una persona así... muy querida...

—No pienses eso—replicó don Pedro—¿Quién te sugiere tal idea? Ese vestido no tiene nada de elegante, ni de notable—añadió el cura, aun á trueque de lastimar el orgullo *modistil* de su hermana.—Ese vestido es lo necesario para el abrigo y decencia de la persona; nada más.

Era cierto: pero la Cigarra, que habia andado siempre medio desnuda, sin zapatos, sin ropa buena, engalanándose con los deshechos de las gentes caritativas de Santa Marta, imaginaba que aquella tela de merino y aquel gaban con botones de azabache, debian representar un lujo fastuoso, capaz de arruinar á una familia bien acomodada.

—A coser, á coser, Solita... Quitate eso... Venga esa manga... Aqui tiene el alfiler que la sujeta... Afloja el cinturon... Sácate el cuerpo poco á poco... ¡Ab, ah, ah!... Así, que no se desgarré, porque esta tela es muy falsa... Siéntate ahora ahí... Esa es la caja del hilo y las agujas...

Da de cera el hilo porque sea más récio y dure más... Bien... empieza á coser desde esta parte... Eso es... Seguido, seguido, seguido, hasta esta otra costura. Aquí páras y me avisas...

Así decía Mónica al mismo tiempo que Solita, cumpliendo todas estas indicaciones, con una claridad de entendimiento que agradaba mucho á la viuda del mayorazgo de Ecija, se sacaba las mangas del gaban, desprendiendo el alfiler que las sujetaba, se aflojaba el cinturon, se quitaba la tela de encima, poco á poco por no desgarrarla, pues era muy falsa, sentábase en un taburete de anea, buscaba la caja del hilo y hacia, en suma, cuanto se le antojó mandar á la anciana.

—¿Vas á salir? ¿No es cierto, Pedro?—murmuró doña Mónica, sin alzar sus ojos de la costura.

—¡Voy á salir! Si—respondió el preguntado, el cual habia adquirido, con los sucesos que le traian á mal traer, un humor durísimo, bien distinto de su afabilidad proverbial y de su amable condicion.

—¿Tardarás mucho, supongo?

—Supones bien. He de ir á casa de Su Emi-nencia, y allí los viajes son largos... ¡Qué antea-sala! Hay siempre en ella esperando más gente que en la de un ministerio. No sé qué asuntos llevan allí á tanta dama elegante, á tanto mar-

qués, á tanto D. Gil emperegilado y oliendo á perfumería que apesta... No creo yo que sean asuntos divinos los que congregan allí á todo ese ható de gente inútil. Más pienso que sea su vanidad. *¡Vanitas, vanitatum, et omnia vanitas!*

—Pues debes ir pronto, pronto. Luego se viene encima la noche, y preciso es que á las ocho estés en casa, porque á esa hora comienza á he-  
llar, y tu reuma...

—A las ocho estaré en casa... pero aún es temprano. Apenas han dado las cuatro.

—¿Son ya las cuatro?—balbució muy azoradamente doña Mónica.

—Sí, hermana. ¿Qué tienes tú que hacer á las cuatro, ni á las cinco, ni á las seis?

—¿Yo? ¡Jesús! Nada.

—Entonces poco debe importarte que sean ya las cuatro... Ahora me acuerdo de una cosa. ¿No tenias tú unos zapatos nuevos, sin estrenar?

—Sí...

—Pues dáselos á Solita...

—Es verdad, que no habia caido en ello.

Y la vieja fué á buscar aquellos zapatos, y los trajo, dejándolos sobre el cesto de la costura para que la niña los tomase. No queria. Ella estaba acostumbrada á andar descalza; ella no necesitaba zapatos, ni botas, ni nada. Déjenla á

ella con sus piececillos al aire, con su falda rai-  
da hecha bandera gloriosa de la miseria, á  
puros girones. ¡Fuera remilgos de la moda!  
¡Fuera el lujo!... Pero el cura insistió. No era  
el bien parecer, sino el parecer decente lo que  
exigia aquel sacrificio. Había que vestirse, no  
por agradar, sino por no desagradar.—Con es-  
tas sutilezas y argumentos suntuarios, se redu-  
jo á la niña á que calzaran sus pequeños piés  
los zapatos de la devota. Fué cosa de un mo-  
mento. No entra con más facilidad Pedro por su  
casa, ni una lanceta en la vaina de un sable. Los  
piés enanos de la Cigarra quedaron encerrados  
en aquellas cárceles de cuero.

—Dime, Soledad,—dijo el cura, despues de  
una larga pausa, en que solo se oyó el crugido  
que producian las agujas de las costureras al  
atravesar la tela.—¿No te agradaría á tí una vi-  
da tranquila, sosegada, dulcísima y sin inquie-  
tudes?

—Sí, señor,—repuso ella prontamente.

—Hablo yo, Solita, de una vida á donde no  
l'egan los ruidos del mundo, y comparable á la  
de los ángeles del cielo.

—No le entiendo á Vd., señor cura,—se atre-  
vió á decir la muchacha, porque realmente  
aquel modo de hablar misterioso no era fácil-  
mente comprendido.

—¡Ah! Solita... Yo te explicaré, yo te explicaré... Tú que desdeñas los vestidos nuevos, que desdeñas las alegrías propias de tu edad, que desdeñas una cosa así... como un placer muy grande en el corazón, y un enternecimiento sublime cuando rezas; tú, á quien todo esto sucede, encierras en tu alma, sin duda alguna, los riquísimos manantiales de la fé cristiana, y podrias ser una monja virtuosa y ejemplar.

—¡Una monja!— exclamó Solita con asombro, al mismo tiempo que enebraba una aguja, mostrando previamente entre sus labios el hilo negro para facilitar aquella operacion.

—¡Hombre! hermano, dispénsame que te interrumpa;—balbució doña Mónica—pero creo que este asunto es demasiado grave para tratarle así... Digo yo... Mejor es que te fueses ahora á casa de Su Eminencia, y luego...

—¡Qué impertinente estás! ¡Cordero celestial! ¡si no se te puede resistir! Déjame en paz con tus observaciones intempestivas. Nunca te he visto como hoy. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? Muestras un desasosiego, una impaciencia... Has mirado al reloj, durante cinco minutos, siete veces...

—Pues... no tengo nada, ni me ocurre nada ni siento impaciencia ninguna. ¿De qué iba á sentirla?—respondió la anciana, consultando de nue-

vo al reloj.—Pero como ya es más de la cuatro.

—¡Vaya! ¡Vaya! Déjame seguir hablando con Soledad... Dime, niña, ¿tú has visto algun convento?

—He visto uno, sí señor, en Lumbier. ¡Virgen Santa, qué cosa más triste! Ibamos mi madre y yo algunas tardes al rosario que se rezaba allí, y me arrodillaba cerca de la reja del coro. ¡Qué reja! Era espesa, espesa, con muchos pinchos hacía fuera, que parecían decir al que quería arrimarse: «No te acerques, porque te pinchamos...» Yo miraba en la oscuridad del coro, y veía unas sombras, altas, delgadas, envueltas en telas blancas y negras; y oía sus voces quejumbrosas, tristes... ¡Ay, qué horror! «¿Son mujeres iguales á nosotras?» le pregunté yo á mi madre un día. Y ella me respondió que sí.

—Pues se equivocó tu madre. Porque aquellas mujeres no son iguales, sino mejores que cuantas andan por el mundo.

—¿Mejor qué mi madre, señor cura? ¡Vaya, que eso es imposible! ¡Si mi madre era una santa!

—Debo advertirte que estás en un grave error, si imaginas, alucinada por tu fantasía infantil, que en los conventos acontecen cosas espantables, y si crees que en aquellos claustros benditos es la vida enojosa... Antes al

contrario; ¡cuán grato es respirar aquella atmósfera, en donde las almas hallan el aire que les acomoda para salvarse! Los espíritus elegidos viven allí á sus anchas, en comunicacion directa con Dios, y gozan de su vista eterna, cual los bienaventurados del cielo. Rotos cuantos vínculos unen al sér humano con la sociedad, el alma puede cumplir sus deberes, sin que nadie se lo estorbe. Si las de las que viven entre sus semejantes, ocupándose de los pequeños negocios del interés temporal, hacen esa jornada eterna, andando, las que han cortado sus relaciones con los hombres, la hacen volando. Sus piés se truecan en alas, y el camino del paraíso se abre ancho, florido, delicioso.

Ni una palabra de tan pomposa perorata oyó doña Mónica; y esto es bien extraño, porque una de las grandes satisfacciones suyas era saborear los raptos de elocuencia de su hermano, el cual hallaba toda ocasion propicia para tales pláticas piadosas. Los ojos de doña Mónica iban en continuo viaje, desde la costura al reloj, y desde el reloj hasta la costura. ¿Qué esperaria? Si su edad proveya y virtud inexpugnable, protegida, además de su fortaleza, por el aspecto nada encantador del arrugado rostro, donde, un lunar con pelo, sombreando el lábio, formaba contraste con el único diente visible, que sacaba

á fuera su punta, no la hubiese puesto libre de cualquier maliciosa sospecha, alguien habria podido pensar que doña Mónica esperaba á un amante. ¡A un amante! ¡Pobre Mónica! Años hacia que semejantes sensaciones desaparecieron de su sér, dejándole desierto de ilusiones. Aquel grandísimo tunante del mayorazgo andalúz habia gozado de todo el frescor de la que hoy era rosa mística, arrugadita y seca, sin color ni aroma, conservada en el invernadero de la religion católica, entre devociones y lágrimas; porque doña Mónica era—perdónenoslo la buenísima anciana—lo que se llama una llorona intolerable.

Sus ojos pequeñuelos, vivos en otro tiempo, habian palidecido de tanto llorar, y en sus megillas, donde las arrugas componian una complicada red, comparable á un mapa topográfico, de esos que representan con menudas rayas todos los rios y montes del globo, tenian dos surcos bien marcados, por los que se deslizaba aquel llanto sin fin, diluvio universal de un dolor que se resolvía siempre en agua, como las tormentas de Abril. Aquellos surcos eran como el cauce de dos Nilos de pena que brotaban de los ojos de la hermana del capellan. ¿Querreis saber por qué lloraba? ¡Fácil empresa! Ni ella misma lo sabia. ¿Estaba su hermano enfermo de reu-

ma? ¡Ay, Dios mio, qué pícaro reuma! ¡Qué desgraciada era Mónica! ¡Lágrimas y más lágrimas! ¿Estaba ella constipada? De constipado murió su honrado padre. ¡Vengan lágrimas en honor del padre difunto! ¿Tocaban las campanas á gloria por el entierro de un niño rico? ¡Acudid todas juntas, venid todas las lágrimas que la glándula correspondiente en la máquina humana puede producir! Llanto perpétuo durante ocho días. ¡*Lugete o veneres Cupidinisque, quia passerem Lesviæ mortus est!* Quince años se han cumplido de la muerte de una criatura preciosísima, tan rubia y tan blanca, que su rostro de ángel parecía fabricado con nieve y oro, y á la cual conocieron los siglos con el nombre de Anselmilla. Hija fué de doña Mónica, y sólo vivió unos cuantos años, llevándose al sepulcro todo el corazón de su madre. Por eso llora tanto la pobre vieja si oye tocar á gloria, y aquel repique retumbaba en el alma, como si en ella tuviese metido el campanario enterito. Por eso, hablarla á ella de niños, es traspasarla el sensible pecho con herbolada saeta; y mentarla algo, que, poco ó mucho, se relacione con la maternidad, poner en sus lábios la eternamente repetida relacion de cómo se murió Anselmilla, de qué tos la ahogó, de qué jarabes sirvieron para endulzar su muerte, de qué bárbaro médico fué su verdugo,

y todo lo demás, que, sazonado con suspiros, sollozos, lágrimas como cerezas y lamentaciones dignas de Jeremías, constituye la pasión y muerte de aquel querubín divino, que, por tener alas, se voló del lado de doña Mónica, dejándola sin sombra.

Las cuatro y cuarto, las cuatro y media. El reloj sigue andando, y doña Mónica aumenta sus impacientes miradas á la esfera blanca, donde el dedo implacable del tiempo va sumando los minutos, en este enorme total de las eternidades.

—«¡Ah! endiablado reloj. ¡Ya son las cuatro y media, y este hombre no se vá!—pensaba doña Mónica.—¿Tardará mucho en marcharse?

Y el reloj contestaba con su lengua, que es la péndola:

—«¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!»

—«¡Virgen Santísima; ángel de mi Guarda; Santa Mónica, mártir y patrona mía! Haced que se marche pronto. No quiero imaginar siquiera lo que va á suceder si ella se cansa de esperarme y viene. ¡Antes venga la muerte!»

Estos azoramientos tenían convulsa á doña Mónica, y en su propensión llorona, costábala no pequeño trabajo contener las lágrimas que acudían á sus ojos, empeñándose en salir á chorro. Disimula y finge; pero cada puntada de la aguja

le duele, como si estuviesen haciendo un dobladillo en su alma, y no son pocas las veces que el pico acerado penetra en el dedo índice de su mano izquierda, con el cual sostiene la tela en que trabaja.

Y el reloj sigue andando, y D. Pedro continúa hablando de esta manera:

—Parece que el mismo cielo te enseña ese camino del convento por indudable modo, Soledad... Murió tu padre; murió tu madre; te encuentras abandonada, sin un pariente, sin otros amigos que mi hermana y yo... ¿No se vé en todo esto la mano sabia de Dios?

La Cigarra calló, porque nada veía en esta serie de sucesos desgraciados que la indujese á pensar como el sacerdote.

—¡Pues hay que estar ciego—prosiguió el clérigo—para no ver en todas esas desventuras la obra del Señor, que quiere decirte de este modo: «Solita, ven á mí, que te aguardo; tu alma es pura, tu cuerpo immaculado. El mundo rompe contigo sus lazos; yo te abro las puertas de mi casa!» (D. Pedro, al poner en su boca estas palabras, que atribuía á Dios, pronunciábalas con voz profunda, pues él creía, sin duda, que la voz del Autor de todas las cosas debe ser muy parecida al trueno.) ¡Créeme, Solita, créeme. Si tú te decides á dar este paso, bende—

ciría la hora en que te encontré; y mi gloria de haberle llevado á Dios una sierva humilde, buena é inocente, me recompensaría con largueza de las molestias que pueda ocasionarme el buscar una señora caritativa que sufrague los gastos de la monja.

—¡Van á dar las cinco!—exclamó doña Mónica.

—¡Ya me voy!—repuso el cura, levantándose y cogiendo de una silla su sombrero de canal.—Solita, piensa en mis palabras, medítalas, y antes de decir que no, ó que sí, reza, reza mucho... Verás qué luz, destello de la Universal Inteligencia, se enciende dentro de tu alma... ¡Vaya, hasta luego! ¡No vendré hasta las siete y media! A esa hora tienes preparada la cena, Mónica.

D. Pedro salió.

Aun no habia sonado la verja del átrio, que chirriaba al abrirse; aun se oía el ruido de los hábitos del cura, rozando con las paredes del estrecho pasillo, y ya doña Mónica se habia alzado de su silla, habia arrojado la costura sobre el cesto, y dijo á la Cigarra:

—¡Vamos á salir!

—¿A salir?

—Sí, á salir.

—¿Y á dónde?

—A un sitio donde hay una persona que desea

verte... Quiero decir, que se interesa por tí.

—¡Por mí! Eso será una broma. ¡Quién ha de interesarse por la Cigarra, si no son ustedes, que me están llenando de favores!

—Pues hay alguien más, á quien inspira simpatía tu desgracia... Es una señora; pero una señora muy encopetada.

Doña Mónica, para indicar que aquella señora era «muy encopetada,» levantó las manos á la altura de su cabeza, como si hubiese querido medir su encopetamiento.

Después recorrió la estancia en todas direcciones, cual pájaro atontado que busca agujero por donde escapar. En un sitio se dejaba el pañuelo, que sacó de la cómoda, en otro la mantilla, más allá una falda de *orleans*, que acostumbraba ella lucir en las grandes ocasiones.

—Tú, niña, te pondrás ese vestido mio. ¡Qué lástima que aún no esté hecho el que te destinamos!... ¡Cómo ha de ser!... Esta falda no ha de estarte corta ni larga... A ver... Probémosla... pronto, que es muy tarde.

Vistiéronse en muy pocos momentos. Jamás tocador femenino presenció más rápidamente todas las operaciones que median desde el *des-habille* más abandonado al traje de gala. Doña Mónica se puso un manto de seda, y echó sobre la cabeza y hombros de Soledad otro manto de

---

merino, siendo de advertir que reservó para sí el más deteriorado y dió el más nuevo á la Cigarra.

Echaron á andar, cerraron la puerta, bajaron la escalera, atravesaron el peristilo, haciendo una reverencia al cruzar por delante de la Iglesia.

¿Dónde iban?

¡Ah! Si D. Pedro las hubiese visto entónces, habria podido exclamar, imitando al amante de Ofelia:

—¡Mentira, tu nombre es de mujer!

Pero ni D. Pedro las veia, ni jamás leyó á Shakspeare.

---

---

## XI.

### EN QUE LA CONSPIRACION ESTALLA.

Eran graves asuntos de caza y pesca los que discutian, sentados en sendas butacas, y cerca de un velador, aquellos dos buenos señores.

—Desengáñese Vd., Acisclo—decia uno de ellos;—ese perro no ha de servir para ma'dita de Dios la cosa.

—¿Que no ha de servir? ¡Válgame Dios, que error más profundo! Está usted equivocado, conde.

El conde pegó una chupadita del desaforado habano que fumaba, y luego movió la cabeza á un lado y á otro, para negar.

—¿No ha visto usted—dijo arrojando las palabras de su boca, al mismo tiempo que el humo—que en la cacería de estos últimos días no ha he-

cho nada bueno? Ese maldito perro es una calamidad. Le han engañado á usted.

—Amigo conde, no estamos conformes. No mereceria yo el nombre de comerciante, si hubiese ido á pagar 25 duros por un *pointer*, que luego no me sirviese más que para disecarlo... Reconozco que en la gira de Sierra-fria, no se ha portado del todo bien... pero, hay que tener en cuenta que el tiempo era horrible. Recuérdelo Vd., conde.

Ya habrán conocido nuestros lectores á don Acisclo Añorbe. Es, el otro que le acompaña, el conde de Bajo-Imperio, «gran madrugador y amigo de la caza.» Su rostro no ofrece faccion bella ni rasgo simpático. Sus ojos, que padecen extravismo, tienen cierta fijeza é inmovilidad que disgusta. Su cuerpo es alto, fornido, y sus piernas, demasiado largas, encórbanse, adoptando la apariencia de un paréntesis, lo cual quita toda la majestad y nobleza al aspecto y talla del señor conde de Bajo-Imperio. Lleva barba rubia recortada, y no deja nunca de la mano un *baton*, con el cual se golpea suavemente las piernas al hablar, llevando el compás de la conversacion.

—En fin, suspendamos el debate... ¡Ja, ja, ja!—dijo, riendo á mandíbula batiente.—Está usted enamorado de su perro... Yo, en el caso

de Anita, tendría mis celos... Hombre, ¿y Anita? Me han dicho que está mala.

—Sí, señor; sí lo está...— respondió D. Acisclo, con acento triste, y entenebreciendo su rostro las sombras de la pena.—Y lo peor es que yo no sé á qué atribuir su dolencia... Pasó tres días en la cama, con fiebres, con delirios... Frecuentemente le acometían accidentes nerviosos, largos síncope... .

—¡D'ablo de afecciones nerviosas! Son el escollo de la ciencia médica, ó por mejor decir, de la ignorancia médica .. Esas personas en quienes el sistema nervioso está muy desarrollado, con perjuicio del resto del organismo, hállanse predispuestas á morir antes que nadie, y predispuestas á resucitar al otro día de enterradas. Se ven casos que espantan.

—Yo no sé si Ana estará aun levantada; lo preguntaremos, y si todavía no se ha retirado, porque con su enfermedad el médico la ha prescrito un descanso absoluto, y se acuesta á las cinco ó cinco y media, iremos á verla.

Don Acisclo llamó á un criado, y le preguntó lo que quería saber. Mientras volvía la respuesta, siguió hablando así el conde:

—¡Mal haya los nérvios! Acisclo, yo creo que, á no variar de conducta, nuestros descendientes del siglo XXI, si es que hay siglo XXI, que yo lo

dudo, van á ser inútiles para todo. Veránse entonces cáfilas de mequetrefes del tamaño de este baston, delgadillos, pálidos, ojerosos, sin aliento para nada, y tan d-licaditos como muñecos de alcorza... ¡Y todo por los nervios!

—En cambio, si sus cuerpos son débiles, sus espíritus son esforzados, su pensamiento vuela, su alma alcanza á lo desconocido y se apodera de ello, su...

—Sí, sí—interrumpió el conde, agitando su cigarro, para quitarle la blanca ceniza y reavivar el fuego.—Ya conozco esa vieja fábula... No ignoro que han inventado el *teléfono*, y el *micrófono*, y el *megáfono*, y otras niñerías de la ciencia.

—Ya sabe Vd. que no peco yo de liberal; pero, sin embargo, no encuentro justas esas bur-las.

—¡Calle, hombre, calle por Dios! No incurra usted en esas vulgaridades de los genios del día. ¿Vale el *micrófono* algo más que la fé que ha perdido la sociedad? ¡Si es cosa de risa! Han descubierto un aparato, con el cual se oyen como cañonazos las pisadas de una mosca; pero en cambio no saben lo que les pasa en el alma, ni oyen la voz que dentro de ella les truena, no como cañonazos, sino como hundimientos de catedrales, como desgaje de montañas... qué sé yo,

como a'go terrible, parecido á la trompeta del juicio final.

—Vea Vd.... ¡en eso no estamos conformes! Esos inventos tienen aplicaciones que dignifican al hombre, poniéndole en posesion del mundo, haciéndole señor de la tierra... Porque yo creo que Dios, al dar á nuestros primeros padres el derecho de supremacia sobre todos los séres de la creacion, no hizo más que entregarles una letra á 3.000 años vista, y pagadera en plazos... Y, si se me pasa esta figura comercial, no podrá negárseme que el siglo XIX ha cobrado una buena porcion del importe de esa letra.

En esto llegó el criado, que venia del cuarto de doña Ana, y dijo que aun no se habia acostado la señora.

—Vamos, pues, á verla—dijo D. Acisclo.

Y los dos amigos salieron del gabinete, con direccion á la estancia de la señora de Añorbe.

Mucha atencion, señores y caballeros; que aquí llegan Mónica y la Cigarra, llaman á la puerta, abre el portero y entran en el vestibulo. Tienen que aguardar. Doña Ana ha recibido visita, y luego va á acostase. Afortunadamente, doña Mónica es persona de confianza para los criados, y va y viene por allí dentro sin cumplidos ni temor.

—Mira, Solita, pasemos al salon de la niña y allí podremos aguardar.

Solita se dejó conducir, y llegaron al salon mencionado. Sentáronse.

¡Oh sueños de las *Mil y una noches*! ¡Fastuosos engendros de la quimera del lujo! ¿Cuándo podreis hacer algo más bello que los muebles de este cuarto? Espejos, colgaduras, butacas que están diciendo: «Siéntese Vd. y descanse;» confidentes de terciopelo; mesillas de caoba, de palosanto, de maderas americanas, sobre las cuales andan jugando, á mil graciosos ejercicios, compañías de muñequitos de porcelana, desde el mono que va cargado con un reloj, hasta la berlina de cristal tirada por una cierva de *biscuit*, y que conduce frascos de esencias... ¡Nunca Soledad pudo imaginar cosa más bonita! ¡Esto es vivir, y lo demás arrastrarse miserablemente por el mundo! Quien posea y goce tanta monada, debe de ser dichoso. La pobre niña sólo tenia ojos y alma para ver todo este museo de preciosidades de París y Lóndres, y creia encontrarse en la maravillosa cámara de una de esas princesitas de los cuentos, cuyo padre fuese mago.

—Qué... ¿te gustan estos muebles?—exclamó doña Mónica.

—¡Que si me gustan! ¡Madre divina! ¿Y á

quién no le gustan? ¡Si todo esto debe costar más miles!

—Muchos miles cuesta, sí, Solita, muchos... Como que la dueña de la casa es rica, inmensamente rica... Y verás qué amable, ¡qué hermosa!

—¡Qué dichosas son algunas personas! ¡Rica y hermosa!

—Así están repartidas por Dios las mercedes. El sabrá por qué no lo están de otra manera.

—¿Y esto es el salon de una niña?

—Sí. El salon donde á una niña, que se llama Lucila, la dan leccion todos los dias... ¡Ah! no creas tú que todo es oro lo que reluce! Aquí hay que pasar apurillos tambien, y los que pasa Lucila para aprender una lengua enrevesada del *extrangis*, una pícara lengua de herejotes é impíos, no son flojos.

—¿Y para qué aprende esa lengua?

—Para ser instruida, sábiamente educada, fina, como corresponde á una señorita de buena familia. Por eso la enseñan una lengua de *extrangis*, á bordar, á tocar el piano, á pintar... Mira, aquí hay un *album* llenito todo él de pinturas preciosas, por Lucila.

Tomó de un velador, la anciana, un grandísimo libro, ricamente encuadernado, con tapas de marfil y dorado canto, y, abriéndole, le puso

delante de Soledad, quien, muy quieta, sin atreverse á acabar de sentarse en aquella butaca tan blanda, permanecía espetada y tiesa. La Cigarra echó sobre el libro una mirada respetuosa y tímida, que parecía envolver esta idea: «Dispéñseme Vd., excelentísimo señor libro, si me atrevo á mirarle con mis pobrecitos ojos.» Doña Ana mostró á Solita la primera página y la segunda, y cien más. Había allí pájaros divinamente pintados, con sus piquitos negros, sus alas azules, su cola verde y sus patas amarillas; perspectivas de ruinas, con estatuas derrumbadas; estudios de ojos y de bocas, en todas las posturas que pueden tener la boca y la pupila; abiertas unas, como quien admira y traga, respectivamente; otras cerradas, como quien duerme y calla, respectivamente también; flores diseñadas, con tanto arte, que se creería que nacieron en el libro; y así, por este orden, cuantos caprichos puede producir un pincel ó un lápiz, y dignos todos de Velazquez... cuando Velazquez no sabia hacer cuadros.

—¿Y cuántos años tiene esa señorita Lucila?

—¿Cuántos? Poquísimos. Ocho ó nueve.

—¡Madre de Dios, pues si á los nueve años hace estas cosas tan bonitas, cuando cumpla os veinte!...

—Cuando cumpla los veinte no hará nada; se

le habrá olvidado cuanto ahora hace... Estas habilidades de señorita duran unos años, y luego se pierden.

—¡Virgen del cielo, qué cosa más rara!

—Después, al llegar á los diez y siete ó diez y ocho años, se piensa en otras cosas. Otro género de aficiones se apodera de las almas... En fin, tú no entiendes ahora lo que digo... Solita, voy á dejarte, para ir á advertirle á esta señora nuestra llegada... ¿Te causa miedo quedarte sin compañía?

—No, señora. Vaya Vd. si gusta... Pero, ¿y si vienen, y... y me echan á la calle?—repuso la Cigarra, mirándose con lástima de arriba á abajo.

—¿Qué han de echarte? ¡Qué humildad tan grande la tuya! Pues no faltaba más,—contestó Mónica, dirigiendo con sus ojos un reto á la puerta, como si detrás de ella estuviese el que iba á atreverse á arrojar á la niña fuera del salón.— ¡Veríamos quién se atrevía á decirte la más pequeña palabra mal sonante!

—¡Vaya Vd.! ¡Vaya Vd.! que aquí espero.

Alejóse doña Mónica, y Sola quedó como su nombre indica.

Era un espectáculo encantador el de aquella celestial criatura, sentada á medias en el borde de una butaca, con las dos bandas del manto sos-

tenidas contra el pecho por las blancas manos, y el velo, mal prendido, sobre la frente, bañándole de sombría oscuridad. Sus tímidos ojuelos moviáanse arriba y abajo, mariposeando, y había en ellos tal expresion de curiosidad, de anhelo, de ánsia, por saber en qué pararian todas aquellas alternativas de su misera vida, que parecia asomada á sus negros cristales un alma entera, llena de preguntas y vacilaciones. Las gruesas trenzas, rodeadas sobre las sienes, dibujaban, entre los pliegues del manto, la disposicion del sencillo peinado.

Soledad pasó revista á los muebles, inspeccionó los rincones de la sala, admiró aquellas flores de estufa, que crecian en tiestos de porcelana, puestos junto á la chimenea, al amor del hogar, como enfermitos convalecientes; aquellos cuadros de sublimes pinturas, en que los severos rostros de antiguos personajes vestidos, cuál con cota de malla, cuál con la toga del jurisconsulto, representaban allí toda la genealogia preclara de los Añorbes de Lustrgrande. Tener aquellos retratos delante, era como vivir siempre junto á las personas que imitaban y recibir sus miradas, ya alegres y de gratitud, ya de enojo ó ira. La Cigarra contempló mucho rato tales obras de arte, y hallólas tan perfectas, que,—¡miren lo que es la alucinacion!—hubiera ju-

rado que un comendador de Montesa, cuya *vera-efigie* estaba frente á ella, sonreía y parpadeaba; que un oidor, de no sé qué Chancillería, el abuelo de D. Anastasio Añorbe precisamente, la fulminaba miradas de juez, erizando el bigote y poniendo tiesas, cual puas de puercoespín, las ralas cerdas del barbuquejo, que, á guisa de barba, usaba su excelencia; que ¡una dama jóven, vestida á la moda del año 62... Pero, ¿estás cierta de ello, Solita? Sí, sí, no hay duda... La Cigarrilla se puso pálida, blanca, toda la sangre afluyó á su pecho, dejándola sin animacion ni color las suaves megillas.

¡Ah! Y no es para menos. Imagine el lector, y así encontrará explicable la sorpresa, el asombro que se apoderó de Solita; imagine, repito, que sobre la chimenea hay un espejo, y que frente á ese espejo, en la otra pared, hay un retrato de mujer, cuya faz el espejo copia. Pues bien; Solita miró el espejo y halló reproducida en él, dos veces, su exacta fisonomía. Era aquello como haber sacado otra Solita y haberla puesto junto á la Solita verdadera; haber traído una Solita bien vestida y haber echado su imagen sobre el azogado cristal. ¡Qué prodigio! ¡Qué milagro! ¡Qué maravilla! En la parte inferior del espejo veíase la faz marmórea, angelical, de Solita, con su humildísimo vestido; en la parte su-

perior la faz de Solita, con los colores de la salud y la dicha en las divinas mejillas, un sombrero de paja, graciosamente agachado sobre las cejas, y los rizos cayendo por los hombros. Debajo del primer segmento de la luna, podria haberse escrito este letrero: «*Solita, rica;*» y debajo del segundo, este otro: «*Solita, mendiga...*» Ella estaba absorta, muda, quieta, como paralizada y sin vida. No respiraba, no movia los párpados; creeríase detenido en ella todo impulso de existencia, y quieto estaba tambien su pensamiento, sin osar hacer un juicio, una suposicion, una pregunta.

Yo no sé cuánto tiempo permaneció en aquel estado indescifrable. ¿Fué un cuarto de hora? ¿Fué una hora? ¿Fué un segundo? No lo dicen los papeles de donde esta puntual relacion se va sacando, y ¡guárdenos el cielo de dejar á caprichoso cálculo tan importante detalle! Sábase, únicamente, que cuando Solita comenzaba á volver de su asombro, iba el dia aminorando sus resplandores, y que una luz amarillenta, con que el sol, ya en los confines del horizonte, se despedia, entraba por las ventanas de la estancia, tiñéndolo todo de triste color pajizo. Oíase la música de un organillo, cuyas flautas tocaban un conocido retazo de ópera, destrozándolo cruelmente. Música alborotante y chi-

llona, con que el arte se venga de los que quisieron crearle en una máquina, llenaba la vecina calle, haciendo asomarse á los balcones á las doncellas de labor y cocineras de aquellas casas.

¿Quién no ha estado triste un par de veces por semana? ¿Quién no recuerda esa ternura con que entonces se escucha la música, aunque sea la música de un organillo? Las almas buenas se encuentran, á veces, en predisposicion tan grande para el llanto, que un compás de la *Gran Duquesa*, un *wals* de Metra pueden arrancarles lágrimas. Esto sucedió á la Cigarra, cuando oyó las inármonicas armonías de aquel organillo argelino, cuya cigüeñuela movía el brazo del hambre. Pierde el tiempo quien busque la relacion que pudiera haber entre la música de aquel organillo y el dolor confuso y profundo de la Cigarra. Lo que yo aseguro es que lloró, que sus celestiales ojos se cerraron como para contener la desbordada pena, y que por la tela del manto resbalaron, en gotas cristalinas, esos diamantes del alma que busca eternamente, en lo recóndito de nuestro sér, la mano implacable de la desventura.

Solita consideró entónces su situacion, su pasado, oscuro como el crepúsculo, su porvenir, negro como la noche. Vióse camino de Madrid,

con su guitarrilla á la espalda, cantando coplas á las puertas de las posadas, huyendo de los perros, perseguidores encarnizados de la gente astrosa y desarrapada, que le hacian la guerra, enseñándola sus dientes y respondiendo al timbre argentino de su vocecilla delgada con lúgubres ahullidos; vióse hambrienta, desfallecida, marchita, sin aliento, en una oscuridad que ahogaba. En vano agitó sus manos buscando otras manos cariñosas. Tendió los brazos, y palpando aquí y allá, como náufrago que busca una tabla á que asir su vida, tropezó con el brazo del sillón. ¡Qué horror! El frío de la madera trajo á su memoria la mano helada de su madre, cuando la pobre baldada dejó de respirar, cuando la luz de sus pupilas se tornó vidrioso reflejo de la luz de una vela de sebo que, cerca del lecho funeral, ardia con fulgor moribundo... Vióse luego en un espacio sombrío, nebuloso, cayendo sin cesar, como piedra que se arroja al abismo. Y caía, caía, caía sin llegar al fondo nunca; ¡viaje espantoso por un país de nubes, donde no habia ni un rayo de sol! La guitarra era un peso abrumador que precipitaba su caída, era una fuerza que aumentaba la celeridad de su desplome, era algo que la arrastraba hácia abajo con su pesadumbre!... Y el organillo seguia sonando en la calle, como una carcajada musical de diablos bur-

tones, como una disputa de chiquillos que lloran y se abofetean, como una orquesta de quejidos y risas!... Despues, cayendo siempre, sentia que le quitaban la guitarra, que unas manos enormes, morenas, arrugadas y temblonas quebraban el frágil instrumento.

Veia entonces alzarse delante de ella un figura, un espantajo negro, un mónstruo que tenia en los brazos membranas peludas de murciélago, y una cabeza en que chispeaban dos ojos vivisimos. Aquella cabeza se cubria con un sombrero de teja, cuyas alas movíanse como alas de buitre. ¡Espantable vision! El mónstruo cogia el cuerpo de Solita, entre sus brazos, y se le llevaba por los aires... Despues no veia otra cosa la pobre muchacha sino oscuridad y más oscuridad.

Experimentó la Cigarra un temblor convulsivo, á modo de irradiacion de frio que, partiendo del corazon, esparcíase por todo su sér, helándola un ahogo angustioso, un deseo de reposar absoluto, y una tendencia á la quietud, como la que se apodera de los vivos al morir. Por fin no sintió nada más. Quedó allí, sobre la butaca, inmóvil, sin aliento, cadavérica.

Mas, ¿y doña Mónica? ¿Y la señora de Añorbe? ¿Qué motivo pudo detener á aquella tanto tiem-

po en su embajada? ¿Qué impedía á la segunda volar de su estancia al encuentro de aquella pobrecita niña? Esto lo sabremos ahora.

Cuando doña Mónica entró en el gabinete de doña Ana, hallábanse en él D. Acisclo y el conde del Bajo-Imperio.

—¡Hombre!—exclamó Añorbe, viendo á la anciana,—¿á qué bueno se debe esta visita?

—¡Ah, Mónica! ¿Has venido por fin,—dijo doña Ana, mirando con ánsia á la hermana del capellan.

—Sí; ha salido mi hermano, y he venido un ratito—repuso ella, al mismo tiempo que dirigia una mirada de inteligencia á la enferma.

—Bien hecho, bien hecho—añadió D. Acisclo.

—¿Cómo estás, Ana?

—Me encuentro bien, muy bien.

—Ana siempre dice eso; no hay que preguntarle. Dirá que se halla bien en el momento antes de morir. Es una resignacion inagotable.

—No; es que realmente me hallo buena.

—Ana, Vd. debia distraerse,—afirmó el del Bajo-Imperio, golpeándose la rodilla con el leve junco que traía.—Es preciso gozar del mundo, y Vd. hace la vida del anacoreta; pero una vida de anacoreta aun más aburrída, meritoria y abrumadora que la de los que en el yermo se pasaban los años mirando una calavera, leyendo

un libro y soñando con el cielo por las noches, despues de azotarse muy á su sabor las carnes durante el dia.

—¡Qué exageracion!—replicó Ana, fijando sus ojos en la vieja, con curiosa insistencia.

—No es exageracion,—prosiguió el aristócrata.—Anoche lo decia yo á las de Huerrondo, en su palco del Real. «Ustedes no conocen mujer más santa, más piadosa, más preocupada con la salvacion de su alma, que la esposa de nuestro amigo Añorbe;» y todos convinieron en ello.

Doña Mónica no apartaba sus ojos de los de doña Ana. Mirábanse aquellos cuatro ojos, queriendo preguntarse, responderse, hablar, salir de dudas, y no pudiendo encomendar á las lenguas este encargo, por la inoportuna presencia de Acisclo y el conde, estábanse atentos los unos á los otros, como dos mudos que quieren revelarse un secreto trascendental, y á qu'enes tienen agarrotados, para que no puedan servirse de las manos como signo de expresion. Esos diablillos menores que nos pierden el baston cuando queremos salir de casa á hora fija, que atrasan el reloj y nos hacen llegar tarde á la cita más importante, andan, sin duda alguna, por aquella casa sometiendo á tortura cruel los espíritus de la señora de Añorbe y de su amiga. ¡Si al ménos se marchasen pronto los dos caba-

llos! Pero ¡cá! si el señor conde es uno de estos seres de plomo, que en cayendo en una silla y tomando la palabra, no hay fuerza humana que le prive del uso de su oratoria verbosa, incolora é insustancial, ni motivo que le saque de su condicion reposada é inalterable. ¡Harto lo sabia Ana, y esto acrecentaba su apuro! Era una fatal coincidencia, una coincidencia irremediable. ¿Qué pretexto buscar para salir del gabinete? No les sugeria ninguno su magin. Quiero que me digan Vds. si una enferma, que se halla confinada por la ciencia á ¡una habitacion, y á quien se prohíbe salir de allí, so pena de reincidencia en la enfermedad que padece, puede hacer lo que en un principio pensó Ana.

—«Ahí está Soledad,—dijo su pensamiento.— Ahí está esperando. El bárbaro acaso que nos ha separado, me impide ahora verla tan pronto como quisiera... ¡Infeliz! ¡hija de mi alma! Voy á levantarme, pretestando que deseo dar una vuelta por la casa, y de ese modo me libraré de mi marido y del conde, los cuales parece que vienen para rato... Probablemente la ausencia de D. Pedro será corta, y si vuelve antes de que Mónica y Soledad hayan salido de esta casa... ¡Jesús, mil veces! qué indignacion no será la suya. Este señor, tan apacible y manso de ordinario, muestra, á veces, cuando su ánimo se

subleva, una irritabilidad furibunda, especialmente si su conciencia sacerdotal, su influencia de ministro divino van en ello interesadas.»

Y como si su alma hubiese querido completar estas ideas, preguntó á doña Mónica:

—¿Tardará mucho en volver tu hermano? ¿Sabes dónde ha ido?

—A casa de Su Eminencia... Debe estar fuera hasta despues de las siete.

Aquello era otra cosa. Antes de las siete, por mucha que fuese la facundia del conde, se le habria agotado, y como en él, permanecer silencioso, era imposible, se despediria para ir á otra parte, donde pudiese renovar el tema de sus monólogos. Mas ¡cuál no fué la impaciencia, la contrariedad, la ira, sí, la ira de doña Ana, cuando dijo Acisclo:

—Hoy tenemos invitado al conde á ayunar en nuestra mesa.

—¿Come con nosotros?—preguntó Ana, con la misma entonacion que hubiera preguntado: «¿Nos vamos á morir de repente?»

Y advirtiéndola, antes que nadie, lo extraño é inconveniente de sus palabras, repuso:

—¡Cuánto me alegro!

Mónica, por su parte, miraba la chimenea, y heria el suelo con el inquieto pié. Tanto pequeño inconveniente era demasiado, y empeza-

ba á encontrarlos intolerables. En buen hora, que, para satisfacer el deseo de doña Ana hubiera urdido aquel engaño inocente, destruyendo, con una astucia de mujer, todos los planes, cálculos y proyectos de su hermano, respecto á que la señora de Añorbe no pudiera encontrarse con la Cigarrilla. Semejante sacrificio de su carácter leal en el altar de la mentira, era disculpable, pues le demandaba el corazón estremecido de una madre.

Pero aquellas dificultades impensadas, no previstas, del tamaño de un grano de arena, que se le oponían en su camino, entorpecíendosele como si fuesen peñascos, montañas, Pirineos, Himalayas... ¡vamos, que no podía resistirse! Ganas le daban de soltar el trapo á llorar, dejando libre aquel rebaño de lágrimas que, goteando por dentro de sus ojos, pedían salida franca. ¡Ella, que era la sencillez en forma humana, haciendo papelillos de comedia! ¡Ella, que jamás sintió cosa que no dijese, y que jamás dijo cosa que no fuese natural, y esperada por todos, estar abrasándose con las alternativas de un suceso tan grave, disimulando su pena infinita, ocultando su azoramiento! Superior era á sus débiles fuerzas de mujer.

El conde seguía hablando. La política, el último drama puesto en escena, la suerte de recibir

ejecutada por Frascuelo en la última corrida extraordinaria de toros, todo fué objeto de su exámen. El buen señor decia sus gracias, y se las reia escuchándose á sí mismo, con admiracion propia. Nada más curioso para el observador que seguir atentamente los giros, rodeos, mudanzas y circunvoluciones de una conversacion, estudiar los, al parecer, ilógicos enlaces de una idea con otra, y asistir, detrás del lente experimental del análisis á esa maravillosísima generacion de los pensamientos. Cómo el del Bajo Imperio, pasó de una censura de los dramas realistas, que pintan la fisonomía criminal del hombre, á las elecciones de diputados que se preparaban; de esto á un robo de consideracion, ejecutado la noche anterior; de esto, al alza y baja de la Bolsa; de esto, á lo que se decia de cierto bolsista, casado con una mujer muy hermosa, y, por último, de esto, á un sermón moral, con doctrina de Astete, sobre el adulterio, constituye una série de observaciones llenas de enseñanza que, no dudo llegue á formar, con el tiempo, una ciencia altamente profunda y útil. No siendo esta ocasion para sentar sus principios capitales, diremos sólo que, rodando de tal suerte el monólogo del señor conde, vino á dar en la caza. La caza era el punto de reposo del conde; de cuarto en cuarto de hora, aprovecha-

ba cualquier coyuntura, cualquier ejemplo, cualquier palabra, para echar su parrafillo sobre el gran placer de Esaú. Hé aquí, como dijo,

—¿Ha visto Vd. las escopetas del nuevo sistema D'arlington, que han recibido en la tienda de Espadiféro?

—¡Vaya, conde!—replicó Añorbe.—Usted me toma por un aficionadillo reaccionario, de esos que aun van á cazar con la escopeta de piston y con baqueta de palo... No sólo he visto esas escopetas, sino que acaban de traerme una.

—¡Hombre! Magnífico: enséñemela usted.

—Con mil amores... Venga Vd. á mi despacho.

¡Oh, feliz casualidad! Ana miró á Mónica, y díjole en una ojeada:

—«¡Benditos sean Dios y las escopetas, que nos proporcionan la ocasion de librarnos de este par de pesados.»

En efecto; don Acisclo y el conde salieron de la sala, y doña Mónica exclamó, levantándose de su asiento, para acercarse á la de Añorbe:

—¡Jesús mio! He pasado un apuro atroz. Pensé que no te dejarían sola... Está ahí... Mira como he cumplido mi palabra... ¡Jesús, Jesús! He pasado una tarde terrible...

—¡Vamos corriendo!—interrumpió Ana, levantándose tambien.

Su rostro expresaba la ánsia, la curiosidad, e<sup>n</sup> temor; todo junto.

—Pero antes de que la veas, te repito lo que tú me has prometido. No consentiré que te dejes llevar de tus sentimientos de madre y me pongas en algun compromiso... Además, Pedro vendrá á las siete, y entonces hemos de haber vuelto á casa Soledad y yo... ¡Dios santo de Israel, si regresa antes de haberlo hecho nosotras; si nos encuentra aquí!... Quisiera mejor que se hundiese el cielo y nos aplastase á todos—

Ana miró hácia arriba, como para poner á Dios por testigo de que era cierta su exclamacion.

—Todo te lo prometo, todo—repuso doña Ana, al mismo tiempo que salia de la estancia.

Aun no conocemos nosotros físicamente á esta señora, y tiempo es ya de que intentemos su retrato. Añádase á lo ya dicho de su prematuro encanecimiento, una palidez intensa, nacida de la enfermedad, unos ojos negros, llenos de luz y ardor, una boquita pequeña, de labios descoloridos, unos dientes menudos, una nariz recta y delgada, un cuello robusto y blanco, un seno bien proporcionado y que, aun debajo del vestido suelto, de casa, delataba su gentil curva hermosa, una cintura estrecha y un pié largo, elegante; y despues de unidas todas estas cosas, y distribuidas convenientemente, haced con el

conjunto una estatua viva, escribid en el pedestal el nombre de doña Ana, ó sino sus equivalentes de «Hermosura, desgracia,» y estad seguros de que nadie ha de poner en duda la exactitud de la copia.

Atravesaron las dos amigas un largo corredor, cuyas ventanas cerraba un criado, pues entonces anochece, y llegaron al salon llamado de la niña. Entraron dentro. La oscuridad era completa; el silencio absoluto.

—Hace falta una luz,—dijo doña Mónica.—  
¡Soledad! ¿Dónde estás?

Nadie respondió á estas palabras.

—¡Dios mio!—exclamó la anciana.—¿Dónde se ha metido esta chica?

Tambien quedaron sin respuesta las nuevas palabras de doña Mónica.

—Pero ¿qué sucede?—exclamó doña Ana.—  
¿No estaba aquí? ¿No la dejaste tú misma en este salon?

—Sí; yo misma la dejé... pero...

Recorrió la estancia tropezando con los muebles y haciéndose daño al chocar con las sillas, butacas y veladores que, por todas partes, la salian al paso.

—¡Soledad!—repitió.

—¡Soledad!—dijo doña Ana, con voz angustiada.

—Es necesario una luz,—añadió Mónica.—  
Llamemos...

—No; yo misma iré por ella.

Y doña Ana salió hácia su gabinete, en busca de una luz.

—¡Soledad!—dijo por tercera vez doña Mónica.—¿Dónde te has metido?

Con sus manos palpaba los muebles, para cerciorarse de que no estaba en la habitacion la niña. Apareció en la puerta la claridad de dos bugías, y trayéndolas, vióse entrar en el salon á doña Ana aún más pálida que de ordinario lo estaba, con el noble semblante demudado, y agitado el lábio por convulsivo temblor.

Allí estaba la Cigarra. Allí estaba tirada sobre el suelo, como un muñeco de trapo á quien sacaran del cuerpo los alambres que le sostenian. Su carita de rosa, daba contra la alfombra, y sus manos, cruzadas sobre el pecho, decian que el síncope habia suspendido una oracion en la boca de la infeliz criatura.

—¡Qué horror!—balbució Ana, dejando, ó mejor expresado, arrojando sobre el mármol de la chimenea el candelabro, que produjo un ruido metálico al tropezar con la piedra.—¿Qué ha sucedido aqui?

—¡Dios mio! Solita, Sola, Soledad,—dijo á media voz Mónica, arrodillándose junto al cuer-

po de la cantora, y tratando de levantarla.—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

Tambien se arrodilló Ana y abrazó la delgada cintura de Solita, besando su frente con amor.

—¡Ah! hija mia,—exclamó llorando.—Soy una mujer vil y despreciable. Yo he cometido una falta, y tú, inocente fruto de ella, eres quien la pagas.

—¿Llamaremos?—añadió despues, mirando á Mónica.

—¡Hija! Yo no sé qué decirte. Es preciso auxiliar á esta niña. Tómala el pulso... No late... No hay movimiento en las venas... Pon la mano delante de su boca... ¡No respira!... ¡Jesús mil veces!

—Ayúdame á levantarla, y la echaremos sobre ese sillón.

Así lo hicieron, y bien pronto la personita desmayada de Soledad yacia en una butaca.

—Abriguémosla con algo... Que éntre en calor... Esto no debe ser sino un accidente pasajero,—afirmó la hermana del capellan.

Quitóse doña Ana el grueso pañuelo alombrado con que cubria su gallardo cuerpo, y dejóle caer sobre la Cigarra. Esta se movió entonces, abrió las manos, acercó una de ellas á su frente, y despues sus ojos experimentaron un parpadeo, como luz que quiere brillar y se apaga.

—Solita, niña mía,—dijo doña Mónica, acercándose á la muchacha.—¿Qué te ha ocurrido? ¿Estás mejor?

Entonces acabó de tornar á la vida. Abrió los ojos y puso su mirada, acariciadora y doliente, en las dos mujeres.

—¡Pobre Soledad!—añadió, con voz profundamente conmovida y trémula, doña Ana.—¿Has sentido frio? ¿Te has puesto mala de eso?

La Cigarra miró de nuevo á las dos señoras, é incorporándose repentinamente, balbució:

—¡Ay, señoras... doña Mónica! ¡Soy una torpe, una... Vds. que son buenas me dispensarán! ¡Me he desmayado, me he llenado de pena... No... no ha sido eso... Yo no sé decir lo que me ha ocurrido... Vds. me perdonarán.

—¡Cómo!—dijo enternecida la de Añorbe.—¿Te has desmayado, dominada tal vez por el frio, y al recobrar la voz y el sentido, tus primeras palabras son para pedirnos perdon... ¡Perdon! ¿De qué?

—¡Madre divina! ¿De qué ha de ser? De haberme caído al suelo; de que cuando Vds. han venido no estaba como debía, sino tirada ahí, al modo de un perro.

—¡Qué alma es la tuya, angelito!—exclamó doña Ana, apoderándose de las manos de Sola para besarlas.

La Cigarra miró atentamente á su favorecedora, y el reflejo de la luz la obligó á cerrar los párpados. Experimentaba un extraño peso en la cabeza, y hacía la nuca dolor muy vivo y penetrante; irradiaciones de calor, oleadas de fuego que, inflamando su cráneo, llegaban hasta el rostro. Sus manos y piés íbanse quedando, al mismo tiempo, helados, y el corazón le saltaba violentamente en el pecho. Tuvo que dejar caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca, y en aquella postura, con la boca entreabierta por la contracción especial de los músculos del cuello, el delicado seno en escorzo y las pupilas medio entornadas, parecía simbolizar vagamente ideas de martirio, de debilidad vencida, algo de flor mística, arrancada de la planta madre, de ángel derrocado del cielo, de pájaro herido en las alas.

Mónica volvió á consultar el diagnóstico del pulso, poniendo su flaca mano sobre las sienes de la Cigarra.

—Tienes algo de fiebre... ¡Vamos á casa! Es preciso que te acuestes.

—¿Y quieres llevártela tan pronto?—dijo con enérgico acento Ana.—¿Quieres que ya se vaya? No, no se irá; por lo menos mientras esté mala.

—Pero, criatura... ¿Y si viene?...

—Si viene... que venga...

Gran razon debia ser aquella para Ana; pero doña Mónica movió la cabeza, negando su poder convincente.

—¡Vaya! ¡Vaya! Anita... No me obligues á recordarte lo que me prometiste.

—Lo que te prometió, no significa nada. Ya está olvidado. Si tú no fueras una mujer... una mujer sin criterio, si tuvieses aposentado en los sesos un sólo grano de sentido comun, no habrias faltado á mis órdenes, ni habrias dado margen á esta escena, que yo trataba de evitar.

¡Horror! Quien hablaba así era el mismo don Pedro Hernando de Cifuentes, llamado tambien padre Hernandito, capellan de las monjas Teresas. El, era él quien llegó á casa de Añorbe á las seis y media, pues su visita al prelado fué más breve de lo que solia. Entró en el recibimiento, y un criado le guió al cuarto de la señora. Allí no habia nadie; pero D. Pedro vió luz en el salon de la niña y á él encaminó sus pasos.

—¡Pedro!—dijo, asustada Mónica.—¿Cómo viniste tan pronto?

—¡Dios lo ha querido! para que pusiese remedio á la gran tontería que tú cometis te.

—D. Pedro, padre mio. Toda la culpa de esto es mia—replicó Ana.—Yo, que no he tenido valor para afrontar su cólera de Vd., y que tam-

poco podia dominar mis sentimientos; yo... que...

—¡Bueno! De eso hablaremos más tarde—repuso el clérigo con mucha calma, y quitándose el sombrero, que hasta entonces habia conservado en la cabeza.—Ahora urge que nos vayamos... Solita, hija mia. Arrópate bien, y dame la mano.

—Pero, padre, ¿cómo quiere Vd. que salga á la calle estando enferma?

—¿Enferma?

Explicaron entonces al padre Hernandito lo que habia acaecido, y mucho le apenó la indisposicion de la Cigarra.

—Vosotras teneis la culpa. Tú, con tu cariño loco y egoista...

—¡Egoista!—repitió Ana, como si no entendiese el valor de aquella palabra.

—Sí, egoista; y tú, hermana, con estas oficiosidades imprudentes. Solita está asustada, llena de miedo. Suceden á su alrededor cosas que no comprende. Vive en un circulo de misterios, y nadie se los explica, antes bien, todos tendemos, por diabólica fatalidad, á entenebrecer más y más las nubes que la rodean.

El mismo señor cura, con sus explicaciones, aumentaba las dudas de la niña. Oía, oía, la pobre, y no osando preguntar, mil suposiciones

Túgubres entraban en su alma. La pobre Cigarrá, después de sufrir en el cuerpo todos los dolores de un viaje como el suyo, cuando llegaba con los piés llagados, el pecho dolorido de cansancio, las piernas temblonas y su sér físico todo abrumado con el prodigioso esfuerzo, obligábanla á emprender otra caminata con su espíritu por el desierto de la duda, desierto inhospitable y árido, donde solo encontraba fantasmas, que la hacían visajes, y sombras burlonas que la preguntaban, con inaudita voz, por su suerte.

—¡Padre!—dijo Ana.—Yo le suplico á Vd. que no se lleve á Solita. ¡Yo se lo suplico á usted!

—¡Súplica vana!—repuso él.—Mi plan está formado. Mi línea es la línea recta. La curva es la línea del laberinto, y en todo laberinto hay un monstruo: el de lo desconocido.

—Pues yo tengo derechos que alegar contra esos planes. Lo que Vd. cree línea recta, es una línea curva; lo que Vd. cree honrado es una infamia. Solita quedará conmigo.

—¡Ana!

—Únicamente mientras se pone buena; en tanto que se restablece... Padre Hernandito, medítelo Vd.: ¿no sería un crimen sacar á la calle á una niña que acaba de volver en sí de un desmayo?

—¡Como está tan cerca mi casa!—observó D. Pedro.

—Cerca está, pero no hay necesidad de que salga á la calle... Mire Vd., mire Vd. Tiene fuego en la cabeza, le arden las sienes.

Y doña Ana cogió la mano de D. Pedro, que, colérica, temblaba, y le obligó á que la aproximase á la frente de la Cigarra, como para convencerle de que era verdadera su indicacion.

—¿Qué sientes?—preguntó el cura á la niña.

—Siento un dolor muy fuerte en la cabeza... Pero esto no es nada... Vámonos, señor cura...

Mientras así hablaba, se levantó del sillón y procuró andar, pero no pudo. La habitacion giraba alrededor de sus ojos, y la niña, perdido el aplomo de su cuerpo, buscaba un punto de apoyo con las manos.

—¿Ve Vd., padre Hernandito? si no se tiene derecha; si no es posible que ande un solo paso por su pié.

El clérigo se mordió los labios con enojo comprimido, y cerró los párpados para no dejar conocer la oleada de furia que quiso salir por sus ojos.

—¡Ana, Ana! ¡Por Dios, mira lo que haces! No cometas alguna locura.

—¡Locura! Creo que Vd. es quien iba á cometerla, sacando á la calle en tal situacion á Solita.

—No me refiero yo á esas, sino á otras locuras, aún más graves.

—¡Más graves que la salud de esta pobre niña!

—¿No entiendes mi lenguaje? ¿Has olvidado nuestra conversacion sobre este asunto? Yo creo que sí.

La Cigarra seguia escuchando, y cada palabra de D. Pedro era á modo de aguja que le clavaban en el corazon. ¡Qué ansiedad era la suya! No, ciertamente, por curiosidad femenina, queria la muchacha que le explicasen todos estos misterios, sino porque, en su claro instinto, har-to comprendía que el clérigo, doña Ana y doña Mónica, discutian, en aquel vocabulario oscuro de geroglífico, a'go que importaba grandemente á su porvenir. Ideas distintas cruzaban por su enardecido cerebro, engendrando nuevas dudas, allí donde otras hervian y se agitaban como familia de bichos infusorios. Fabulosas soluciones venian á aumentar la densa oscuridad que tantas nieblas condensaron en su alma; y ante su vista desarrollábase el cuadro sombrío de sus desdichas pasadas, presentes y futuras.

Oyóse entónces hácia la galería el rumor de una conversacion, y poco despues se acercaron al gabinete de doña Ana, el Sr. D. Acisclo y su amigo el del Bajo-Imperio, hablando de caza,

de las escopetas D'arlington y de todo lo demás que sabe el discreto lector.

—¡Dios mio!—dijo Mónica.—Vienen hacia aquí.

—No haya temor,—repuso el cura al oído de su hermana.—Yo explicaré la presencia de esta niña de algún modo, que justifique el interés que inspira á Anita. Es el único medio posible de evitar lo que yo quiero que se evite á toda costa.

Cuando llegaron los dos caballeros, D. Pedro les saludó y luego dijo:

—Hé aquí, D. Acisclo, una niña que he traído á su esposa de Vd. para que ella le preste su influencia en un empeño que la pobrecita tiene con Dios.

—¡Con Dios!—repitió Acisclo.

—Si; trátase de que éntre en un convento. Ella lo desea, ella lo anhela. Es pobre, tan pobre, que no tiene ni qué comer siquiera.

—¡Infeliz!—dijo don Acisclo, mirando á la criatura.

—Su esposa de Vd. quiere ayudarla hasta que quede en las manos celestiales del Señor.

—¡Muy bien pensado!—afirmó el conde.

—¡Excelente idea!—dijo despues don Acisclo.

—Pues bien; yo, discurrendo como ustedes—prosiguió el cura—la traje y... no sé si de frío ó de qué, la desdichada se desmayó.

---

—¡Válgame el cielo!— exclamó Añorbe, verdaderamente interesado con la desgracia de Solita.

—Su esposa de Vd. no quiere dejarla salir mientras no se restablezca.

—¡Pues no faltaba más!—replicó don Acisclo. —Que se quede aquí. Los que tenemos medios de tender nuestra mano al menesteroso, estamos obligados á hacerlo.

Ana miró á D. Pedro con reconocimiento, y cuando éste se despidió, estrechó su mano con efusion cariñosa.

—¡Gracias, padre mio!—murmuró la señora de Añorbe.

Y allí se quedó la Cigarra, mientras D. Pedro y su hermana, tan triste la segunda, como contrariado el primero, volvian á su casa.

---

---

## XII.

### MINORA CANÁMUR.

Cuando dieron las doce en el campanario de las monjas Teresas, el sol rompió el velo de nubes que se empeñaba en tapar su rostro, y apareció en el horizonte madrileño, arrojando sus aguaceros luminosos sobre la villa del Oso y del Madroño. Como desde ocho días antes no se recibía por estos confines la visita de Su Alteza el Sol, fué grande la alegría que todos experimentaron cuando los rayos de oro del que todo lo crea cayeron dentro de las viviendas, como mensaje del cielo. Uno de los sitios donde mayor júbilo produjo la visita del sol, fué... ¿Dónde dirán Vds?... En una jaula de dorados alambres, que encerraba á un canario amarillo, artista de melíflua voz y trinar sublime. Agitó sus álas de oro el muy tunante, saltó de una caña á otra.

metió su piquito en la caja de los cañamones, y sacando uno de ellos con gran monada, partióle con mucha zandunga y se le embauló bonitamente. ¡Ah, tragoncillo! Estos artistas son unos hambrones.

—Ya está bueno el canario.

—Ya salta.

—Ya come.

—Ya canta.

—Se ha quedado muy flaquito.

—Sí... y como dice Garriguez, riéndose de nosotros, tiene ojeras.

El canario se subió á la caña superior de su jaula, y desde allí echó una mirada, con sus ojitos de granate, á las interlocutoras.

Eran éstas dos niñas que no habian aún atravesado el dintel de la pubertad. A una la conocen los siglos con el apodo de la Cigarra; á la otra distínguela la historia con el nombre de Lucila. Hallábanse en el salon llamado de la niña de casa de Añorbe, sentadas en banquetas bajas y frente á un cajoncillo, que escerraba todos los utensilios de la costura. Un cesto de mimbres veíase allí cerca tambien, y sobre las sillas habia, esparcidos, diversos pedazos de tela, de muy vivo color, retazos de grana, de raso, de terciopelo. En otra silla, inmediata á las dos niñas, estaba una muñeca, deshonestamente des-

nuda y enseñando, á todo el que quisiera verlo, sus piernas de badana, su pecho relleno de salvado, su cara de cera, con lábios pintados de carmin, como los de una señorita, y sus ojos iluminados con tinta de china.

—Vamos á probarle el gaban,—dijo Lucila, que era la directora de aquel taller de modistas.

—Bueno,—repuso la Cigarra.

La niña abandonada obedecía todos los caprichos de su opulenta amiga, sin contrariarlos, riendo cuando ella reía, y haciéndole el duo en todas sus palabras, deseos y pensamientos.

Lucila tomó entre sus manos la muñeca, y la metió la manga del gaban. La muñeca, con los brazos estirados, protestaba de aquellas operaciones, contrarias á su decoro y á su anatomía, como diciendo: «Miren Vds., niñas, que mis brazos se rompen, pero no se doblan.» ¡Vaya una observacion! Lucila cogió el brazo rebelde, y corrigiendo la obra de Naturaleza, doblóle por donde quiso, creando una coyuntura en la badana.

—Ya está puesto el gaban... Solita, anda por el vestido... ¿Qué miras tú, espantajo?—dijo al canario.

Este meneó su cabecita dorada y volvió á meter el pico entre los cañamones, despreciando, sin duda, el insulto de su jóvea dueña.

—¿Se puede, señoritas?—dijo, detrás de la puerta, la voz sutil y atiplada de un hombre.

—Sí,—contestó prontamente Lucila, sin suspender el revestimiento de la muñeca, que la preocupaba grandemente.—Entra, Garriguez.

Era Garriguez una especie de mayordomo de los de Añorbe, que venia desempeñando este cargo de confianza en aquella casa desde sus verdes años. Bromista hasta dejarlo de sobra, no habia cuento que no supiese; habilísimo en mil pequeñas artes, no habia reloj descompuesto que él no compusiera, ni puerta desvencijada que, usurpando atribuciones al carpintero, no arreglara él mismo. Hacia jaulas de grillos, pajaritas de papel, de esas que agitan las alas, abanicos, flores de trapo, muñecos de carton, de los que mueven los ojos y sacan la lengua. Era, en suma, un hombre indispensable y popularísimo entre la plebe menuda.

—Mira, Garriguez,—dijo la señorita.—Tienes que hacerme un par de pendientes para la muñeca.

—¿De diamantes?—preguntó él riendo.

—De cualquier cosa,—repuso ella, sin alzar la vista de su obra.

—¿Y Soledad? ¿Cómo está hoy?—añadió Garriguez.

—Bien,—contestó ella.

—¡Qué ha de estar bien!—replicó Lucila.—  
Está peor que ayer, mucho peor. ¿Has tomado  
la cucharada de medicina?

—A dársela venía yo,—exclamó Garriguez.

Y sacó del hondo bolsillo de su largo gaban  
un frasco y una cuchara de madera.

—¡Vamos, niña! Abre la boca... Eso es...  
¡Ahí vá!

Soledad tomó la cucharada.

—¿Sabe mal, chiquilla?—preguntó el anciano.

—Sabrá mal, pero es necesario sacrificarse  
por la salud,—dijo muy sentenciosamente Lu-  
cila.

—¡Miren la doctorcilla!—repuso Garriguez.—  
Puedes guardarte esas buenísimas doctrinas para  
cuando estés mala... Oye, ¿sabes que mañana te  
separan de nosotros, Soledad?

—¡Mañana!—repitió la Cigarra, al mismo tiem-  
po que su rostro, intensamente pálido, se colo-  
reaba con una oleada de sangre.

—Pues yo no quiero que se vaya,—afirmó Lu-  
cila.

—Es claro, y tú, con tu voluntad, vas á mu-  
dar los designios santos de don Pedro, y la vo-  
cacion de Sola, que no quiere más que su con-  
vento... Si no hay más que verla... Cualquiera  
que se fije en ella, lo dirá: «Esta niña ha nacido  
para monja.» ¡Tan callada, tan triste! Su misma

enfermedad le aconseja la vida retirada del claustro. Allí tienen su gran jardín... Por cierto que he de ir un día á verla, para que me dé la madre abadesa simientes del rosal de invierno que tienen en el convento.

Soledad no decia oxe ni moxte. Su silencio, apenas interrumpido, durante dos días, presentaba, entonces, los síntomas del mutismo. Es que, á más de su dolor moral, experimentaba otros dolores puramente físicos; abrumadora pesantez en la cabeza. calofrios repentinos, que helaban sus venas, y, á seguida, alientos de fuego, que le abrasaban. A veces una mejoría rápida, instantánea, recordábale su anterior inquebrantable salud; pero bien pronto tornaba la decadencia, y sus nervios vibraban, como sacudidos por la electricidad. Despues de tomar la cucharada de aquel específico, que Garriguez le llevó, hallóse más aliviada, y en un período de calma relativa.

—Cuéntanos una historia, Garriguez,—dijo Lucila, acabando de peinar á su muñeca.

Despues, cogióla por las piernas, y alzándola las faldas, la obligó á sentarse en el suelo.

—Escucha tú, hijita,—le dijo, amenazándola con el dedo índice, como mis Alicia le amenazaba á ella.

—Si ya sabes todos mis cuentos.

—Pues inventa otro.

—Eso sí que no. Mis cuentos son verdaderos. No los invento... Te contaré uno que no sabes; vaya.

—Venga, venga,—gritó Lucila, batiendo las palmas.

—Pues, señoras de mi alma,—empezó Garriguez, después de sentarse en una banqueta cercana á las niñas.—Érase que se era un moro de mala ley, el cual moro tenía una hija, cuya hija sólo contaba diez años.

—Dos más que yo,—interrumpió Lucila.

—Esta hija del moro, se convirtió al cristianismo, abjurando de la bárbara y sangrienta religión de sus padres...

—Ese cuento es muy feo,—dijo, con mal humor, Lucila.

—Ahora llegaremos á lo bonito,—contestó el anciano.—La corteza del fruto es amarga, y sin embargo, nadie la maldice. En los cuentos é historietas hay, al principio, cosas que no interesan; pero que son necesarias para su inteligencia... La hija, cristiana ya, dice mi cuento, abandonó á sus padres y se fué un día, andando, andando, hasta una ermita de la Virgen de los Remedios, que estaba en medio de un campo todo lleno de flores, y la Virgen se le apareció detrás de una zarza, preguntándola:

—«¿Qué quieres de mí?» A lo que ella contes-

tó? «Que me ampires.» «Yo,—siguió la Virgen— te daré lo que quieras. ¿Qué quieres ser?» Y ella pasó revista á todos los oficios del mundo. Ninguno le gustaba. El de tahonera, manchaba las manos; el de hilandera, hacia callos en los dedos; el de pastora, le gustaba, pero temia al lobo... Por fin se decidió: «Quiero ser pastora de mariposas.» La celestial Señora se echó á reir. «¿Qué quieres, niña? ¿Estás loca?» Pero la niña, sin cortarse, dijo: «No, Señora. Iré con mi manada de mariposas por esos campos de Dios. Donde encuentre flores, muchas flores, me pararé, y allí viviré jugando con mi rebaño...» «Concedido,»—respondió la Virgen; y le dió, para guiar y conducir las mariposas, un precioso cayado, hecho de un rayo de luna... Pues, señoras de mi alma, que el tiempo corrió, y un día marchaba la muchacha con sus cien mariposas, azules, blancas, negras, doradas, por una ancha pradera, y héte aquí que se levanta un aire... ¡Válgame Dios, qué aire! y las mariposas echan á volar.

—¿Y se fueron?—preguntó Lucila.

—Sí; se fueron. En vano la pastorcita las llamaba, y llorando las pedia que se quedasen allí. Las mariposas le respondian todas á coro: «No podemos quedarnos, porque se nos lleva nuestro padre, que es el viento.» Quiso la muchacha

reducirlas á la obediencia; pero no lo logró. Buscó su báculo, pero como era de un rayo de luna, y entonces estaba nublado, no pareció por ninguna parte. Y entonces oyó una voz del cielo que le decía: «¡Vuélvete á tus padres, niña, y si no puedes convertirlos al camino del bien, muere con ellos. Así han hecho las mariposas con su padre el aire inconstante.»

—¿Dónde fueron á parar las mariposas?—preguntó con mucho interés Lucila.

—No lo sabe el cuento, que acaba aquí.

—Bien decía yo que era feo.

—¡Qué gusto tienes más difícil, princesa! Te pareces á la reina de las posaderas de vidrio, que ninguna silla le parecia buena para sentarse.

—¡Ahí viene miss Alicia!—dijo de pronto Lucila, con malísimo humor.

En efecto: llegó la institutriz para sacar de paseo á la niña.

—¿Ahora mismo?—exclamó Lucila.

—Sí, señora. En el acto,—repuso la inglesa.

—La tarde es hermosa. Iremos al Retiro.

—Yo no queria dejar sola á ésta—objetó la niña, señalando, con la muñeca, que tenia cogida por las piernas, á la Cigarra.

—Sepamos en consecuencia si me obedeces ó no. La caridad que hace tu señora madre, recogiendo á ésta... muchacha... vagabunda, no de-

be llegar hasta el punto de que se te consientan á ti ciertas familiaridades con ella, contrarias á todo respeto social.

Garriguez dirigió una iracunda mirada á la *institutriz*. Eran los enemigos irreconciliables de la casa. Él la calificaba de *marimacho sabidillo*. Ella le apodaba el *asno manchego*, por su elevada estatura y huesosa complexion.

—Vamos, pues,—repitió Alicia.

Lucila tiró la muñeca en una silla, y salió sin despedirse de nadie. Aquel angelito iba furioso.

---

### XIII.

«COMO EL LIRIO ENTRE LAS ESPINAS, ASÍ ES MI  
COMPAÑERA ENTRE LAS DONCELLAS.»

Era desusado el movimiento que se observaba en los claustros, siempre silenciosos, del convento de las Teresas. Aquel viejo edificio, erigido por algun discípulo del gran Herrera, diríase que vivía con nueva vida, y que en sus arterias circulaba la sangre caliente de la juventud; que su carcomido cráneo de mómia gesticulaba, como pretendiendo expresar humanos sentimientos; que el mundo le había invadido, como una ola invade el tranquilo rincón de la ensenada, llevando á él las agitaciones turbulentas del inmenso Océano.

Como ya había entrado la noche, las gentes iban y venían por allí con luces encendidas, y al atravesar los sombríos pasillos, pensábase



asistir á una procesion de estrellas, por dentro del tubo de un astrónomo. El ruido de los pasos, el de alguna palabra, por femeninos lábios pronunciada, el rozar de la estameña de los hábitos con la piedra de los muros, adquirian ecos extraños al repercutirse en las amplias arcadas.

En una sala destartalada y ancha, cuyo piso cubren esteras blancas, y en cuya enjalbegada pared hay varios cuadros de gran tamaño y nulo mérito, encerrados en marcos negros, véense reunidas cinco ó seis sombras, que más parecen sombras que mujeres las buenas hijas de Santa Teresa, envueltas en sus hábitos de lana.

—¿Vendrá pronto? Sor Circuncision,—dijo una de ellas, con voz nasal.

—Le esperamos de un momento á otro. El mandadero ha ido de nuevo á buscarle,—repuso la preguntada.

—¿Y cómo está la niña?

—¡Mal! Es cosa perdida... Pero no sabe Vd. los antecedentes de tan rara enfermedad... El médico, cuando vino anoche, aseguró que se trataba de un desarreglo nervioso, de una afeccion cerebral, de algo semejante á una apoplejía.

—¡Una apoplejía!

—No dijo precisamente eso; pero si cosa parecida. Esta niña ha perdido á su madre, y despues ha emprendido un viaje á pié, mendigan-

do, descalza, casi desnuda, desde un pueblo que está muy lejano, hasta Madrid.

—¡*Agnus Dei!*

—¡*Miserere nobis!*... La desdichada se encontró aquí con protectores poderosos.

—¿La excelente señora de Añorbe?

—Sí.

—Lo que yo no me explico es el interés... maternal que la inspira esa criatura abandonada.

—Ni yo tampoco.

—Ni nadie, —añadió la voz delgadísima y trémula de una anciana virgen del Señor, que hasta entonces había permanecido silenciosa.

—Anoche estuvo dos veces.

—Y hoy vendrá en cuanto el médico llegue.

—Esa niña la trajeron aquí muerta.

—Yo no comprendo cómo nos la enviaron al convento.

—Para quitarse peso de encima.

—Para evitarse molestias.

—Venía pálida, pálida, del color de la Sagrada Hostia!

—¡Y con un temblor nervioso!...

—En fin, á otro día fué preciso acostarla.

—Y no ha vuelto á levantarse.

—Pues el médico asegura que su estancia en el convento contribuye mucho á su enfermedad

—Si ella está acostumbrada á tomar el aire y el sol...

—El médico quiso sacarla, llevándola otra vez á casa de la excelente señora de Añorbe.

—Pero el padre Hernandito se opuso.

—¿Por qué?

—¿Quién lo sabe?

—Esa misma pregunta nos hemos hecho todas esta mañana, mientras rezábamos el rosario.

—¡Qué sucesos más inexplicables!

El ruido de un carruaje escuchóse entonces en la calle inmediata, y poco despues, prévias las formalidades que prescribe la estrecha regla de aquel convento, penetraba un hombre, el representante de la muerte, el médico, en el asilo de las doncellas de Levi. Acercáronse todas las monjas, con aire de curiosidad y temor y al pasar, haciendo una reverencia al grupo principal de Santas, escuchó el médico, que de diversas partes le decian:

—Luego me tomará Vd. el pulso.

—Despues me verá Vd. la lengua.

—Padezco, hace dias, unos dolores!..

—Tiene Vd. que hacerme una receta.

Y así, por este órden, otras frases análogas; que bien se puede tener el alma sana y buena y el cuerpo lleno de alifafes.

El médico entró en la celda que ocupaba la

niña enferma, en quien ya habrá reconocido el lector á Soledad. Poco despues entró en ella, apresuradamente, doña Ana, con la hermana del padre Hernandito.

La estancia era estrecha. Una ventana abierta, sobre el jardín, mostraba un cuadrilátero del cielo azul oscuro lleno de astros. Oíase el quejido de la noria, que rodaba sin descanso, distribuyendo el agua en los arriates del jardín, y de rato en rato, la voz de un muchacho que reanimaba la fatigada actividad del macho, condenado á girar en un círculo sin fin, como manecilla del reloj.

—¿Cómo está?—preguntó con viva ánsia la de Añorbe.—Digame usted la verdad, señor doctor.

—¿Por qué he de ocultarlo?—repuso el doctor, que tenia cogido entre sus manos el brazo inerte de Solita.—Mal, muy mal... Es uno de esos casos que la ciencia no sabe resolver. La franqueza, que es la primera condicion de mi carácter, me obliga á decir á Vd. que no sé lo que tiene esta niña. Sé sólo que es un desarreglo nervioso, una afeccion cerebral... una cosa irremediable...

—¡Irremediable!—gimió doña Ana.

—Irremediable... Pero que podría remediarse, por uno de esos milagros de la naturaleza;

por uno de esos cambios inesperados en el curso de la enfermedad.

—¡Usted habrá apurado todos los recursos y habrá consultado todos sus libros,—dijo doña Ana, mirando con ojos llorosos al doctor.

Este, volviéndose hácia doña Mónica, dijo:

—Yo suplico á Vds. que salgan de este cuarto. Sé que profesan mucho cariño á esta criatura, y el cuadro de la agonía...

—¡De la agonía!—gritó Ana, fijando su extraviado mirar en el médico.—¡Está ya tan cercana la muerte!

—Reitero mi súplica... Señoras, salgan ustedes de esta celda.

—¡Ah! Nunca, doctor. He de permanecer aquí hasta el último instante,—afirmó decididamente la de Añorbe.

Y luego, arrodillándose junto al lecho de la Cigarra, abrazó la cabeza de la enferma, cogiéndola con las manos, como se toma un objeto precioso, para extasiarse en su contemplación, y dijo así:

—Tú eres la víctima, y yo el verdugo. ¿Por qué naciste, pobre sér, sin ventura? ¿Por qué no moriste al nacer, desdichada niña?

—¡Dios lo sabe!—repuso con solemne voz e cura, que entonces había entrado.—Su alma va al cielo; es una paloma á quien la mano de alguna querubin va á abrir la jaula.

—¡Palabras crueles! ¡Consuelos vanos! Si Dios se lleva su alma, ¿por qué no se lleva tambien nuestro corazon, y le deja aquí padeciendo?

—¡Impía! ¡Tú no sientes lo que dices!—balbució indignado el padre Hernandito.—Inclina tu frente, que estás en presencia de Dios!

Mostró el sacerdote entre sus manos el Santo frasco del Óleo, y acercándose á Solita, puso en sus sentidos la estopa húmeda de la Extremauncion. Como por ensalmo, llenóse el cuarto de monjas. Todas traian su vela encendida y murmuraban las preces que el ritual prescribe en tales momentos. La ceremonia fué breve. Duró apenas lo que tardo en referirla. Despues se apagaron las velas, se alejaron las monjas, y un olor de pabilo quemado, se extendió en el ambiente.

El doctor se alzó entonces del suelo, donde se habia arrodillado, y volvió á pulsar á la moribunda. El latido de su pulso era cada vez más lento, más suave, ménos frecuente, como el del reloj que se echa á andar sin haberle dado cuerda. Sus lábios descoloridos, súbitamente adquirian un tinte carmíneo vivisimo, y palidecian de improviso tambien. No se movia; no hablaba; sus ojos permanecian cerrados, y sobre su sér todo iba cayendo la sombra de la muerte.

—¡Hija mia!... ¡Ángel!... ¡Hermosa!... Míra-

me!... ¡Vuelve en tí!—decía Ana, pasando su mano una y cien veces por la frente de Solita.

—Ana,—exclamó entre sollozos doña Mónica.—Sal de aquí. No olvides tu situación.

—¡Mi situación! ¿Hay algo más vil que mi situación? Oiga Vd. doctor,—repuso mirando al médico.—Quiero que todo el mundo lo sepa. Soy una mujer infame, soy una mujer indigna y criminal... ¿Lo oye usted? Que se pregone por las calles, que se ponga en los periódicos... ¡Yo, yo, yo he matado á esta criatura!

Después, como si aquel arranque de desesperación la hubiese fatigado mucho, dejó caer su cabeza entre la ropa del lecho.

—Señora—manifestó el médico;—este espectáculo ha perturbado su razón de Vd... Usted delira... Tendrá Vd. fiebre, sin duda... Salgamos de aquí...

—Sí, Ana, salgamos—añadió Mónica.

Entre las dos cogieron, cada una por un brazo, á la de Añorbe y quisieron incorporarla. Solita... ¡no Solita!... el cuerpo de Solita se movió. Levantó su seno un suspiro y sus facciones experimentaron enseguida transformación extraña. Sus labios se unieron con serio gesto, sus párpados se abatieron con pesadez, el círculo amoratado que el dolor imprimió en sus ojos, ensanchóse, cual en un papel mancha de aceite.

---

—Salgamos pronto,—dijo el médico, interponiéndose entre el lecho y doña Ana.

Esta se dejó conducir por el claustro. Allí estaba D. Pedro. Cuando le vió la señora de Añorbe, dijo:

—¡Yo no puedo ocultar más este secreto! Una fuerza superior pone en movimiento mis labios. ¡No puedo ni debo callar!

Alarmado D. Pedro, exclamó:

—Señor doctor; delira, sin duda alguna.

—Eso pienso,—replicó el médico.

—¡Ana! ¡Ana!—añadió el cura.—El sacrificio está consumado. Has resistido como una mártir, y Dios te bendice.

Ella no contestó nada. ¿Qué había de contestar?

---

---

#### XIV.

¡HASTA LUEGO!

Ya sabeis que murió Solita. Su cuerpo reposa en el cementerio del convento. ¿Quereis saber algo más? No dispongo de tiempo para satisfacer esos deseos.—Ya os hablaré de Lucila; pero no hoy. Perdonadme haber escrito las desventuras de la Cigarra, y os referiré más tarde las dichas de Lucila.

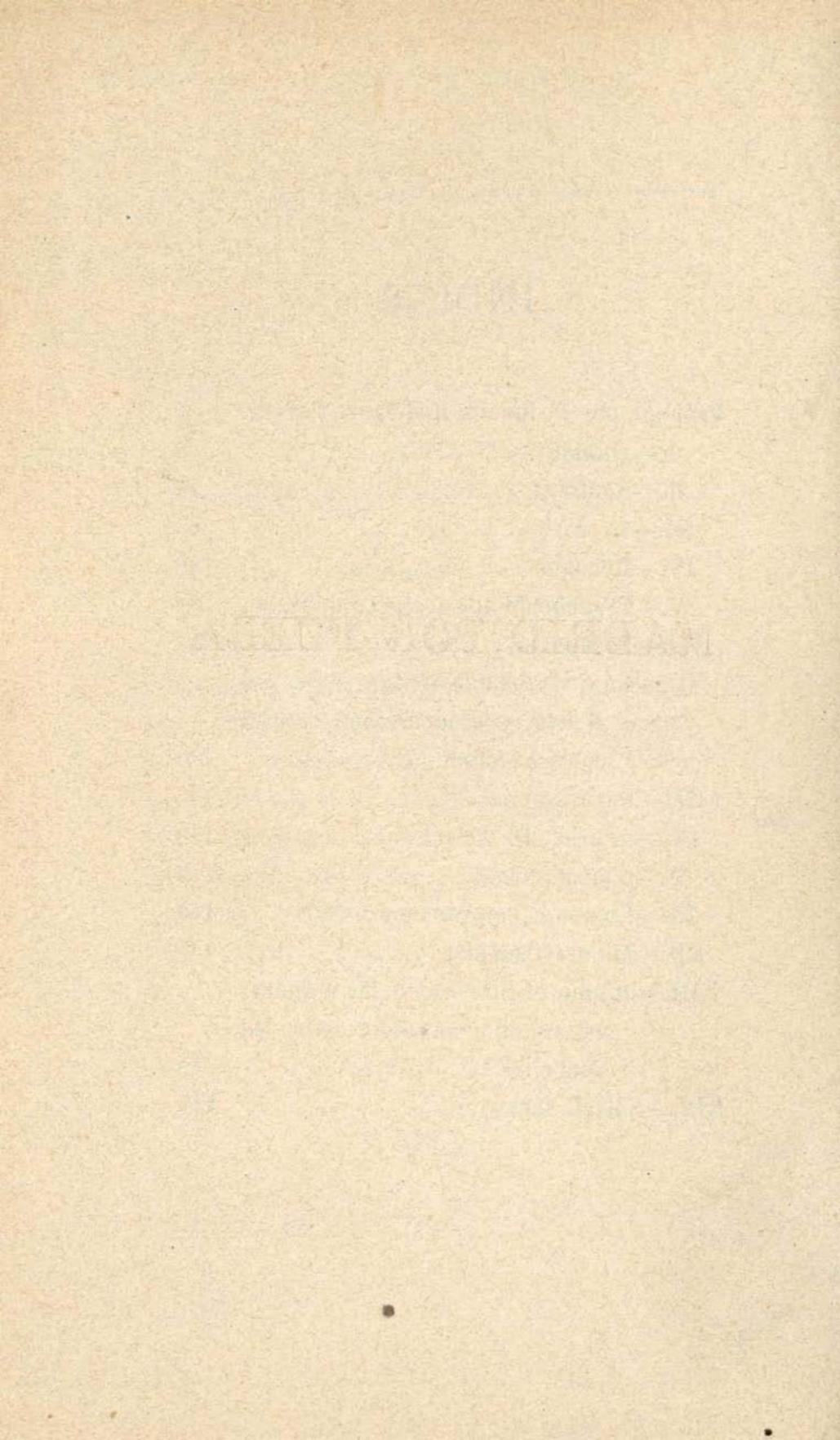
FIN.

---

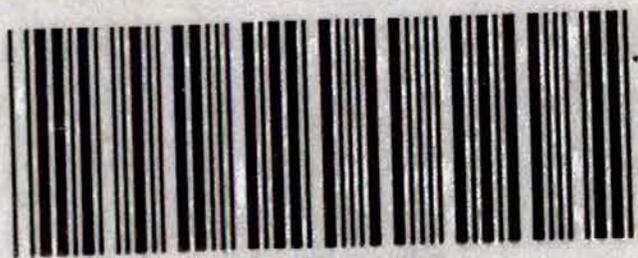
## INDICE

---

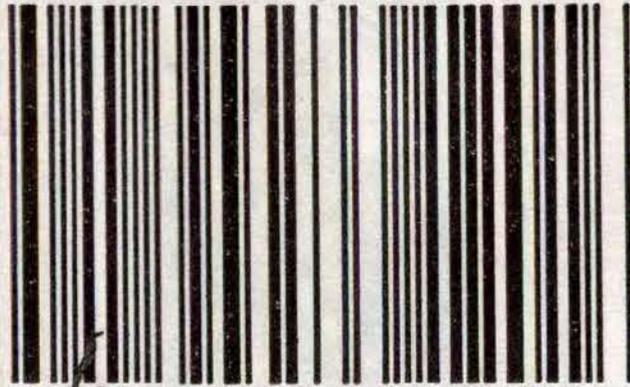
Prólogo, por D. Ramon Rodriguez Correa.	1
I.—¿Dónde irá?.....	5
II.—Náufraga .....	13
III.—La carta .....	25
IV.—Recogida.....	32
V.—El sueño de una noche de invierno.	39
VI.—Pedagogia.....	48
VII.—En que se habla de los patos, del Retiro, y lo demás que verá el curioso lector.....	59
VIII.—Se presumia .....	75
IX.—Añorbe (D. Acisclo).....	109
X.—¡Conspiracion!.....	119
XI.—En que la conspiracion estalla ...	140
XII.—Minora Canámur.....	175
XIII.—«Como el lirio entre las espinas, asi es mi compañera entre las doncellas.».....	185
XIV.—¡Hasta luego!.....	194







1045646



54 7 104566 12016

